

La tercera generación.-

Hoy es mi último día de venta. Me siento tan extraña. Mañana empiezo una nueva vida pero ¿la deseo? No concibo mi vida sin este lugar. Levantarme temprano preparar mi delantal, mis dineros con el cambio, las facturas por pagar hoy. Dicen que viviré mejor sin tener obligaciones. Qué sabe nadie de lo que yo quiero. Para mí es mi *lugar*, me siento plena.

No recuerdo cuándo entré por primera vez en el mercado. Esta parada que hoy se cierra la adquirió mi abuela en 1910. Cuando se abrió el Mercado Central de Tarragona.

Mucho ha llovido, y mucho hemos dejado aquí las *concepciones* de mi familia. La primera mi abuela Concepción. Mujer emprendedora que decidió junto con su marido traer el género que tenía su familia y la de algunos payeses a venderlo al recién estrenado mercado.

En una vieja carreta, venían al alba, primero solos, luego hasta diez hijos llevo en sus entrañas. Sólo vivieron siete. Los crió entre lechuga y zanahorias. Mi madre era la más pequeña y le puso su nombre.

La segunda Concepción "Conxa" cogería el puesto muy joven. Su madre enfermó de asma y el duro trabajo de la venta empezó a ser imposible para ella. Su padre murió de unas fiebres siendo ella una niña. Así que con catorce años empezó la segunda generación a vender de todo lo que podía en la plaza.

Había que madrugar, las paradas no estaban marcadas, como ahora, entonces si podías ganar un metro más cerca del pasillo central, mejor.

En invierno con la humedad de estas tierras a las cuatro de la mañana era duro muy duro con más o menos ayuda montar la parada. Y luego interminables horas de pie, a veces sin tiempo de llevarse a la boca más que alguna fruta o el trozo de pan con butifarra que se había traído de casa. Mientras hubiera gente en el mercado ella no cerraba su parada.

Mi madre era una buena negociante y empezó a comprar en el mercado de abastos, había competencia y tenía que tener buenos productos, no eran suficientes los que teníamos en las tierras de la familia.

Sabía vender y pronto ofreció a los de los bares y restaurantes que le llevarían la mercancía si subía suficiente la compra. Luego la imitarían muchos, ella se hizo con una buena clientela fija.

Paría los hijos y enseguida nos envolvía en un mantón negro que anudaba con tanta facilidad que podía continuar utilizando las dos manos. Mis hermanos pronto se quedaron en el campo, mi tía podía cuidar de ellos. A mi no, me quería tener cerca y en el rincón más protegido de las corrientes, el más caliente en invierno y el más fresco en verano. Me hizo una especie de *rincón*, allí amorosamente colocó un capacho con telas rosadas y me depositaba durante horas. Cuando lloraba porque quería mamar si había clientela tenía que esperar y en cuanto podía con el amor que solo ella sabía

dar, se ponía en cuclillas y me daba el alimento para el cuerpo y para el alma. Sus manos ásperas y agrietadas sabían como nadie calmar a aquella tercera Concepció con el amor que necesitaba. Aquella mujer de apariencia fría cuando se acercaba a mí, se convertía en la más tierna y amorosa mujer.

Me miraba como si estuviera viendo la *octava maravilla del mundo*. Sus besos y mimos duraron muchos años. Me enseñó lo que era amar y ser amada. Me enseñó a querer en silencio con una mirada con un gesto. Me enseñó cómo ser una buena madre.

No quería que yo llevara una vida tan dura, pretendió que estudiara y me llevó a la escuela. Ella no sabía ni leer ni escribir, quería que yo supiera y fuera lo que ella no había podido ser pero... yo amaba el mercado.

La gente entrando y saliendo, las clientas regateando, yo vociferando los buenos productos; el mercado tiene una vida especial.

Las compradoras, aparte de llenar sus cestas, venían a contarte sus cuitas. Te enseñaban las fotografías de sus hijos y al cabo del tiempo de sus nietos. Sabías cuando a la Sra. Tal no le iba bien las cosas y metías alguna manzana de más en su compra. Tarde recogías lo sobrado, clasificabas lo que ya no podías poner a la venta y al cerrar la parada dejabas un día de duro trabajo con el convencimiento de que tu fruta, no solo alimentaba el cuerpo, sino que era un dulce para su alma.

Vinieron nuevos tiempos, las paradas se hicieron mas cómodas y los horarios menos rígidos. Ya no había que venir antes de amanecer. Empezaba la venta más tarde y empezaban a abrirse otro tipo de negocios en la ciudad en los que también se vendía fruta y verdura. Pero la plaza era la plaza.

Todo cambia y la vida del mercado ha cambiado mucho en los últimos años.

Se iban cerrando paradas que nadie quería comprar. Se deterioró. Los últimos años han sido tristes, siempre especulando con renovarlo pero nadie decía un sí definitivo.

Hace un tiempo se decidió hacer una carpa provisional mientras se remodelaba, actualizaba y hacían un nuevo mercado para una ciudad ya importante como es Tarragona.

Muchos dijimos no, otros sí. Los jóvenes, muchos hijos se quedaron como hice yo con la parada de sus padres.

Mis hijos no quisieron nunca saber nada de vender aquí. No entendían el por qué para mí era tan importante. Por la mañana levantarme temprano ir a comprar. Tantas horas de pie, las inclemencias y las pocas ganancias.

Cuando me pongo el delantal y enciendo las luces me siento como esas artistas cuando suben el telón y encienden las luces. Una reina. Siempre quedará en este rincón del mercado la esencia de:

Concepción, Conxa y Conceció